

Morelia, Comunidad en Vilo

- ★ Los Tzeltales Dictaron sus Términos al Gobierno
- ★ Rescatan su Dignidad Después de Otra Humillación
- ★ "No nos Dejen Solos", le Piden al Resto del País

LORENZO MEYER

"Ya no sabemos en quién confiar. Todo es una pinche corrupción. Ya ni siquiera sabemos si la sombra que vemos es nuestra sombra". Así, lleno de ira, resumió el agravio colectivo un joven tzeltal ante el subprocurador de Chiapas, que se vio forzado a efectuar una breve visita al ejido de Morelia, municipio de Altamirano. En medio de una naturaleza de belleza sin par, Morelia es auténticamente una comunidad en vilo.

En Morelia, una de las comunidades más golpeadas por el conflicto entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y el Ejército mexicano, ese 14 de febrero el subprocurador chiapaneco cumplía parcialmente y bajo presión, un compromiso contraído días antes por el gobierno estatal: practicar un examen forense a lo que se supone son los restos de tres miembros de la comunidad —Sebastián,

Severiano y Hermelindo Santís—, que según testimonios repetidos por todos los sobrevivientes, habían sido sacados del pueblo por el ejército la tarde del 7 de enero sin que se volviera a saber nada de ellos hasta que las osamentas y ropas desperdigadas, aparecieron cinco semanas después en las afueras de la cabecera municipal.

A la afirmación del joven —hecha casi al final de la turbulenta negociación—, no hubo ya réplica del representante del Supremo Gobierno. Dadas las circunstancias, esa fue, quizá, la actitud más prudente, pues no había respuesta adecuada a la serie de cuestionamientos y acusaciones que, desde su impotencia, acababan de hacer los líderes del paupérrimo ejido, no sólo al poder en Chiapas, sino a la estructura toda de poder nacional: autoridades, gobierno y régimen.

Para entonces, el subprocurador y sus ayudantes, visiblemente molestos, habían aguantado a pie firme la andanada de reclamaciones. Este peculiar diálogo y negociación se habían llevado a cabo en un jacalón sin ventanas —el local de la organización ejidal— frente a la Iglesia en cuya sacristía (convento, le llaman ellos), aseguraron los morelenses, se había torturado hasta dejarlos incapaces de moverse, a los tres morelenses que en ese momento recibían como difuntos, y sólo sus osamentas, lim-

piadas de carnes por los animales del monte. Todos los participantes estaban de pie, tensos, bajo un foco único y rodeando a un escribano y su máquina traídos ex profeso. El punto de choque era la naturaleza del acta de entrega de huesos y trozos de ropas y calzado, a las tres viudas: Petrona, Paulina y Carmelina. El diálogo no era de sordos, pero sí entre dos mundos extraordinariamente alejados entre sí y en pugna: el de la sociedad marginal y el de la autoridad formal. Fue un diálogo penoso, difícil en extremo, que partía de posturas morales muy diferentes y de intereses materiales encontrados. A fin de cuentas, todos hablaron para que sus argumentos fueran escuchados no sólo por sus interlocutores inmediatos sino por todos los que se encontraban más allá de los límites municipales, más allá incluso de las fronteras del estado y del país.

Lo que se negociaba en Morelia, era la redacción de un documento burocrático, pero cuyo fondo tocaba las fibras más sensibles de la comunidad y de la legitimidad de la autoridad externa. Los tzeltales de Morelia, querían —y finalmente lograron— que se asentara en el acta, que, según había admitido el subprocurador, el Ejército mexicano había impedido que las autoridades estatales cumplieran con su deber y su promesa hecha tres días atrás: llevar a Tuxtla Gutiérrez los restos de Sebas-

tián, Severiano y Hermelindo Santís, para que se les practicara el examen forense legal —base indispensable para un improbable deslinde de las responsabilidades del crimen—, y retornarlos en 72 horas a la comunidad para ser sepultados. La Procuraduría de Chiapas, según admisión explícita del subprocurador, no pudo hacer llegar el helicóptero a Altamirano para sacar los restos por aire ni, alternativamente, pudo hacerlos pasar por tierra, pues ahí se lo impidieron los fuertes retenes militares que rodean a todo Altamirano, y donde el Ejército alegó que la falta de un documento sanitario hacía imposible dejarlos pasar a Tuxtla y simplemente se quedaron en un cajón en el patio de la improvisada presidencia municipal, pues la original la había dejado inservible el EZLN.

Para los tzeltales de Morelia, quedaba rota una más de las muchas promesas de la autoridad. Sin embargo, en su derrota, los morelenses querían rescatar para su dignidad, algo de la terrible humillación que habían sufrido a manos de los encargados de administrar la violencia del Estado: querían que, esta vez, otro representante de ese Estado admitiera, por escrito, su incumplimiento, su ineffectividad. Y lo lograron. A base de argumentos irrefutables y de presión de grupo, los de Morelia hicieron que el subprocurador y los representantes de la Comisión

Nacional de Derechos Humanos estamparan sus firmas al lado de las huellas digitales de las diminutas viudas, Petrona, Paulina y Carmelina, en un documento que asentaba el incumplimiento y las razones del mismo. Fue obviamente penoso para las autoridades hacer lo que hicieron, y un ligero aire de triunfo recorrió el galerón cuando se vio a los personajes pasar hoja tras hoja para estampar la firma en un documento dictado por la comunidad y que expresaba parte de su verdad.

Concluida la tarea, se quiso entregar la copia del acta por parte del subprocurador, pero el líder inquirió “¿Y el sello?, pónganle el sello para que luego no digan que no vale”. El subprocurador se excusó: “en Altamirano lo buscamos pero no lo encontraron, pero aún sin él vale”. De inmediato otro del grupo soltó “¿Cómo? Si yo voy a trabajar llevo mi machete y mi lima ¿Cómo es que ustedes no traen sello si es su trabajo?” De nuevo, no hubo respuesta.

El subprocurador salió rápido, pero el pueblo lo siguió y lo obligó a regresar: debía de ser él, no el pueblo, quien personalmente cargara la caja con los restos y la depositara dentro de la Iglesia. Lo hizo rápido y partió de igual manera. El pueblo se cobraba así, una pequeña parte de la gran deuda que aún se le debe.

Hasta antes del alzamiento del EZLN, ese poder al que ahora le exigía cuentas la pe-

Excélsior, febrero 17, 1994.

Gran Parte de la Sociedad en Morelia

queña y paupérrima comunidad de Morelia, estaba acostumbrado a imponer, no a ser interpelado; a recibir respetuosas peticiones, no exigencias; a dictar la agenda, no a negociar-la; a decidir por todos —el poder ilustrado supone saber mejor que nadie lo que conviene al resto— para evitar que los otros decidieran por sí mismos; a que las cámaras de los medios nacionales e internacionales lo mostraran como triunfador, no como acudido. Pues bien, en Morelia, una colectividad agraviada, con la herida colectiva abierta, que manejaba mal el español pero no la lógica, exigió, no pidió, y literalmente dictó sus términos.

Esos términos en que se llevó a cabo la negociación entre los ejidatarios de Morelia y las autoridades chiapanecas, contienen la esencia de los elementos —sin faltar ni sobrar—, de lo que habrá de ser el diálogo y negociación que hoy acapara la atención de la nación entera: el que pronto tendrá lugar entre el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y el gobierno.

ejido, el subprocurador escuchó, entre otras muchas cosas, estas: "Nos sentimos molesto... estamos molesto" Si los ejército son valientes ¿por qué vienen a nosotros?... que busquen a los armados" "Lo que sucede no es del 1º de enero para acá. Es algo de años y años..." "¿No somos nosotros de la nación"... "De repente, el 1º de enero, el Presidente se interesa en nosotros, sí, de repente..." "Nosotros respetamos, por eso queremos un gobierno que nos respete..." "¡A ese señor —el presidente municipal de Altamirano— nosotros no lo reconocemos!" "Que se vaya el ejército, queremos poder ir —a Altamirano— a comprar." "¿Quién va a mantener al viejito?", se referían, en esta última pregunta, a Domingo Santís, un anciano cuya ropa era ya un puro andrajo, y que descalzo y con los pies deformes por la artritis, apoyado en un bastón, vino a recibir a los inesperados visitantes, pero sin darse cuenta —está sordo— que entre los restos estaban los de su único hijo y sostén. Tampoco para estas preguntas hubo respuesta.

Para empezar, la comunidad completa volvió a relatar su historia: a las 6 de la mañana del 7 de enero —esa es la fecha que ellos dan, y en la que todos coinciden, pero Sedena dice que fue un día antes— se presentó el Ejército, sacó por la fuerza a todos los hombres de sus casas, los tuvo tirados y tendidos en la explanada de cemento que está enfrente de la Iglesia por 13 horas, destruyó la pequeña clínica, construida por ellos y donde trabajaba una enfermera que ya no volvió (supongo que la lógica era evitar que el EZLN usara esas instalaciones), y finalmente se fue con varias docenas de prisioneros: la mayoría retornó, pero ocho siguen en la prisión de Cerro Hueco y tres llegaron sin vida en otros tantos pequeños costales de plástico, de esos que se usan para empacar el azúcar.

En ese jalcón del

El duro y directo diálogo de la pequeña comunidad tzeltal es un ejemplo a ras del suelo, del diálogo que vendrá no sólo entre el EZLN y el gobierno, sino entre la sociedad mexicana y el régimen. En sí mismo, contiene todos los elementos de la demanda. En Morelia hubo, hace tiempo, una división dentro de la comunidad, una división política que llevó a la expulsión de algunos de sus miembros y muy probablemente sus denuncias fueron el motivo de la ocupación militar de la comunidad y la toma de prisioneros. Las parcelas ejidales se han subdividido al extremo a causa de la evidente explosión demográfica; hoy la mayoría de los ejidatarios tienen no más de una a tres hectáreas donde siembran maíz y frijol para el autoconsumo. El monte que rodea al pueblo es

hermoso, pero no sirve para sembrar. Frente a esta escasez del elemento tradicional para sobrevivir, los de Morelia no tienen, o no ven, opciones: de vez en vez se va alguien a trabajar en las obras de Pemex o en algún otro empleo temporal y regresa con lo ahorrado, que dura un instante y luego hay que volver a buscar de nuevo. Si el servicio médico era antes escaso hoy es inexistente, gracias a la destrucción de la clínica; la desnutrición de todos los habitantes —niños, adolescentes y adultos— es evidente; están al borde del colapso colectivo. Finalmente, y para hacer más difícil su existencia, los morelenses son vistos como enemigos del Supremo Gobierno, que reaccionó hiriendo algo

muy importante de lo poco que tienen: su dignidad. "Estaba tomando mi café cuando me sacaron de mi casa, como a un perro, a jalones y luego me tumbaron, si levantaba la cabeza, de una patada me la bajaban"... "no nos dejaron llevarles a los hombres nada de comer, pero ellos entraron a las casas, nos pidieron de comer, agarraron lo que quisieron y no pagaron", "por acá Solidaridad no ha hecho nada, si no, vea usted".

"No nos dejen solos, vuelvan". La petición, hecha con una sonrisa y un apretón de manos que apenas lo era, sin fuerza, la estaban haciendo, en realidad, a todos los demás, a los mexicanos. Morelia, como muchas otras cosas en México, está en vilo.